

JUAN BENET

5 NARRACIONES  
Y  
2 FABULAS

La Gaya Ciencia  
Barcelona, 1972

VIATOR

El viajero que desde cualquiera de las capitales próximas pretenda llegar a Región por vía —en lo posible— férrea, bien descendiendo en Palanquinos para optar con el enlace con los Castellanos, bien continuando hasta Ponferrada para remontar el Sil con el minero de Villablino, bien —si procede del Este— llegándose hasta La Robla con el Vascongado, bien apurando la red ferroviaria hasta el terminal de Macerta, vía Rañeces-Cabeza del Torce, pronto sabrá a qué atenerse. Si el viaje lo hace en invierno, la seguridad respecto a lo

que puede depararle cualquiera de los trayectos no se hará esperar. Si lo hace de noche... bien, es posible que haya conocido o pueda conocer noches peores que ésta. Lo peor, se dice, no son los viajes en sí, sino los transbordos: las interminables esperas en las salas desiertas, sucias y heladas (esos cristales empañados que no han probado el contacto de la bayeta desde que se borraran las inscripciones del octubre asturiano), la falta de fe con que un jefe de estación —con el escepticismo propio del observador más atento y sensible a la historia contemporánea de España—, al tiempo que trata de animar el chubeski, contesta a las preguntas acerca del horario. Y si se decide a hacer el trayecto de día, utilizando el Shanghai, el Portugués o cualquiera de esos rapidillos locales que parecen dirigirse a la Europa Central, escapando siempre del enemigo, entonces peor para él. Porque malo será que no se encuentre a las tantas de la noche en una estación de montaña, uno de esos pueblos sin otro abrigo que los soportales del Ayuntamiento, la puerta de la iglesia o la sala de espera. Y aun cuando logre enla-

zar en todos los transbordos —cosa bien improbable—, lo más seguro es que tenga que hacer noche en Marceta (cuando no en Cabezas), ya que el 1022 —descendente— que tiene prevista su llegada a las 0 50, muy rara vez llega antes de las 3 de la madrugada, una hora que el conductor del ordinario de Región no se halla dispuesto a recibir despierto, a sabiendas de que el imaginario y desorientado cliente que pretenda esa solución jamás podrá encontrar un taxista que le lleve a esas horas a su destino final.

Por consiguiente, aparte de las siestas durante los transbordos diurnos, lo más probable es que el viajero pueda dormir sus siete horas sobre un banco de listones, con la cabeza apoyada sobre un bulto de viaje porque ni que decir tiene que el abrigo lo necesitará para lo que su nombre indica. Si es que logra conciliar el sueño. Acurrucado, con las rodillas casi en contacto con la barbilla, le será dado comprobar que una de las pocas cosas que andan bien en la estación de Cabezas es el hermoso reloj de pared, de la casa Garnier, de París, de esfera romana y un doble

carrillón orgulloso de su mecanismo y satisfecho por el cumplimiento de su deber. Reparad —parece decir— tanto los que estáis atentos como los que, prefiriendo el silencio, gustaríais mejor no oírlo, reparad —repito— que yo sigo velando por vosotros y cumpliendo con un deber que nadie me ha impuesto.

Hay quien afirma que por grande que sea el cansancio y el enojo, lo peor en tales viajes es un compañero de compartimento o de sala de espera, con ganas de charla. Es algo tan malo como la impaciencia, si no peor. Los hay, incluso, que llevados de su entusiasmo por la raza humana y su confianza en la solidaridad, no vacilan en sacar un mazo de naipes y, tras recogerse los puños de la camisa, agilizar los dedos y barajar con gran destreza, insinúan la posibilidad de una partida, ignorantes con toda probabilidad del miedo que provocan. Hay otros más comedidos que sin deseos de interferir en los pensamientos del viajero, saben lo que vale una palabra de ánimo en un momento de tribulación. Son los que (a diferencia del jugador quien una vez organizada la partida extrae del bol-

sillo una petaca de coñac y sin pensar para nada en la concurrencia, se echa un trago y chasca la lengua) cuando se les pregunta —en cuanto hombres acostumbrados a tales esperas— su opinión acerca de las posibilidades de llegada del correo de Macerta, por toda respuesta ofrecen al prójimo una botella mediada de castillaza, indicándole con un gesto que no repare en otra limitación que en su propia resistencia a la caña.

Al terminar mi carrera, durante unos cuantos años (o meses, no recuerdo bien, unos se convierten en otros cuando el entusiasmo anda de por medio) mi primer trabajo como ingeniero consistió en la dirección de explotación de unas cuantas minas de carácter artesano que un propietario sin escrúpulos poseía tanto en las cuencas de Tremor como del alto Torce. Son formaciones análogas —antracíticas— que distan entre sí un centenar de kilómetros o treinta horas de viaje combinado de caballo, ferrocarril y coche ordinario; son tierras en las que —como diría el famoso opiómano del siglo pasado— «en una distancia de mil millas un perro no es capaz de encontrar refu-

gio contra una tempestad de nieve, ni un pájaro de los llamados trogloditas hallará excusa para desayunar».

En uno de mis primeros viajes de vuelta a Región desde el Bierzo, tuve que hacer, cómo no, noche en Cabezas, entre dos composiciones de diferente paridad y horario muy distante; Cabezas es una estación de alta montaña, que por aquel entonces daba la cota más alta de la red ferroviaria peninsular después de La Cañada, provista de grandes y sucios ventanales que azotados por el noroeste resuenan toda la noche como un autobús destartado. Fue —creo yo— una de las primeras noches en que me había de topar con el animador nocturno, el viajante experimentado que conoce de memoria todos los horarios y puntos del trayecto, todas las combinaciones con simple o doble transbordo, los mejores procedimientos para sacar billete sin necesidad de hacer cola, siempre en segunda al precio de tercera, al que con la edad se le va poniendo cara de campana y que, en el momento oportuno, extrae la baraja del bolsillo. La clase de hombre para quien un joven

que acaba de terminar la carrera representa lo mismo que una mosca de pantano para una araña plateada.

Debíamos estar por la cuarta o quinta mano, sentados en el rincón donde dos bancos formaban un ángulo recto, cuando el jefe de estación (joven, pero de aspecto melancólico y ausente, insomne, muy aficionado a los pájaros, según me dijeron después) entró en la sala de espera con un cubo de astillas para cargar el mortecino chubeski. Mi compañero de juego me hizo una mueca cuya intención en aquel momento se me escapó. Se encontraba en ese punto en que, habiendo ya ganado unos duros y estando demostrado su absoluto dominio sobre mí, comprendió que era necesario hacerse el simpático o permitirme un irrisorio desquite si no quería ver cómo, aburrido y descorazonado, levantaba la partida prematuramente para irme a dormir al otro extremo del banco.

Pero la presencia del jefe que, tras revisar la caja de pesas del reloj y recoger del suelo un montón de diarios que depositó en la papelera, vino a echar una ojeada, debió infundirle un nuevo brío, sin duda para demos-

trar ante él la magnitud de sus conocimientos con el naípe. Al observar mis azoradas e ingenuas réplicas, el jefe no pudo reprimir un movimiento de cabeza con el que dio a entender la conmiseración que le despertaba una situación tan desesperada como la mía. Una vez que se hubo retirado, mi compañero me susurró en voz baja, con acento de complicidad y cierta prosopopeya:

—Está completamente loco.

—¿Loco?

—Oh, sí; completamente. Es cosa conocida de todo el mundo y corren toda clase de historias acerca de él. Sin duda hace poco que viaja usted por aquí, joven, porque de otra suerte no me explico cómo no lo ha oído antes. Es cosa conocida.

Nada podía desear yo más que una conversación que suspendiera la partida o que, al menos, decelerase el ritmo que había impuesto aquel demonio del naípe.

—¿Cómo es posible? —pregunté, con grandes pausas y una forzada alarma—. ¿Cómo es posible que se pueda confiar tal responsabilidad a un hombre fuera de juicio? Más locos habrían de estar sus superiores

si eso que usted afirma resultara cierto. No puedo creerlo.

—Créalo, créalo. Pero juegue usted, no se detenga. No hay que darle tampoco tanta importancia. No es una cosa nueva por estas latitudes. El jefe anterior tampoco estaba en sus cabales y, al parecer, el que le antecedió estaba todavía mucho más loco que éste. Pero adelante, venga ese naípe, no se quede usted así.

—¿Cómo? ¿Se da usted cuenta de que lo que está usted diciendo es absurdo? ¿Cómo va a ser posible que una estación esté en manos de un hombre que ha perdido su juicio?

—No sólo es posible, sino, al parecer, necesario, joven. Sólo la gente que ha perdido en parte su juicio puede aguantar aquí, cosa fácil de entender. Aparte de las cosas raras que dicen que ocurren y que yo no me creo. Pero juegue usted, vamos. En cuanto a los superiores que usted dice, comprendiendo la dificultad de la situación, desde siempre han decidido elegir a un loco para que se haga cargo de esto. No, no están locos, sino muy cuerdos.

—¿Pretende usted decir que los eligen así?

—Sí, claro. ¿Qué otra cosa les cabe hacer? Es mejor que estén locos a que enloquezcan aquí, lo cual podría provocar cualquier catástrofe. Además, es una locura que no afecta para nada a su trabajo profesional, que al parecer es irreprochable. Se cuentan cosas muy raras de él, sin duda, pero nadie le retira su confianza ni pone en duda la rectitud de su trabajo. ¿Qué le pasa a usted? ¿Por qué no juega?

Había entrado de nuevo; arrastraba, con su aire desocupado y un tanto ausente, la reserva de paciencia para una espera que —toda su vida invertida en la flema necesaria para hacerla tolerable— nunca prescribiría.

—¿Qué se sabe del correo? —preguntó mi compañero de juego.

—Ah, el correo. ¿Esperan ustedes el correo?

Las cartas quedaron en el aire y al hacerse eco de nuestro asombro, terminó por añadir:

—Sí, el correo. Qué duda cabe de que llegará, el correo. Hoy, más que cualquier otro día. Llegará. Con retraso, con mucho retraso, pero llegará. Qué duda cabe. Pero han de pasar

algunas cosas antes. Algunas llamadas, quién sabe de quién. Con mucho retraso; han ido ustedes a elegir mal la fecha para ese correo. Tenían que haberlo pensado mejor. La fecha menos propicia para ese correo; la gente lo sabe. Vaya si lo sabe. Pero pierdan ustedes cuidado porque llegará, ya lo creo que llegará. Con mucho retraso porque han de pasar muchas cosas antes. Pero podrán ustedes tomarlo —y añadió como colofón— para su desgracia.

Mi compañero de juego, aprovechando que le daba la espalda, abundó en su gesto para insinuarme algo así como «ya le advertí que además de gallego está loco, loco de remate», al tiempo que abatía tres triunfos y decía: «Arrastro».

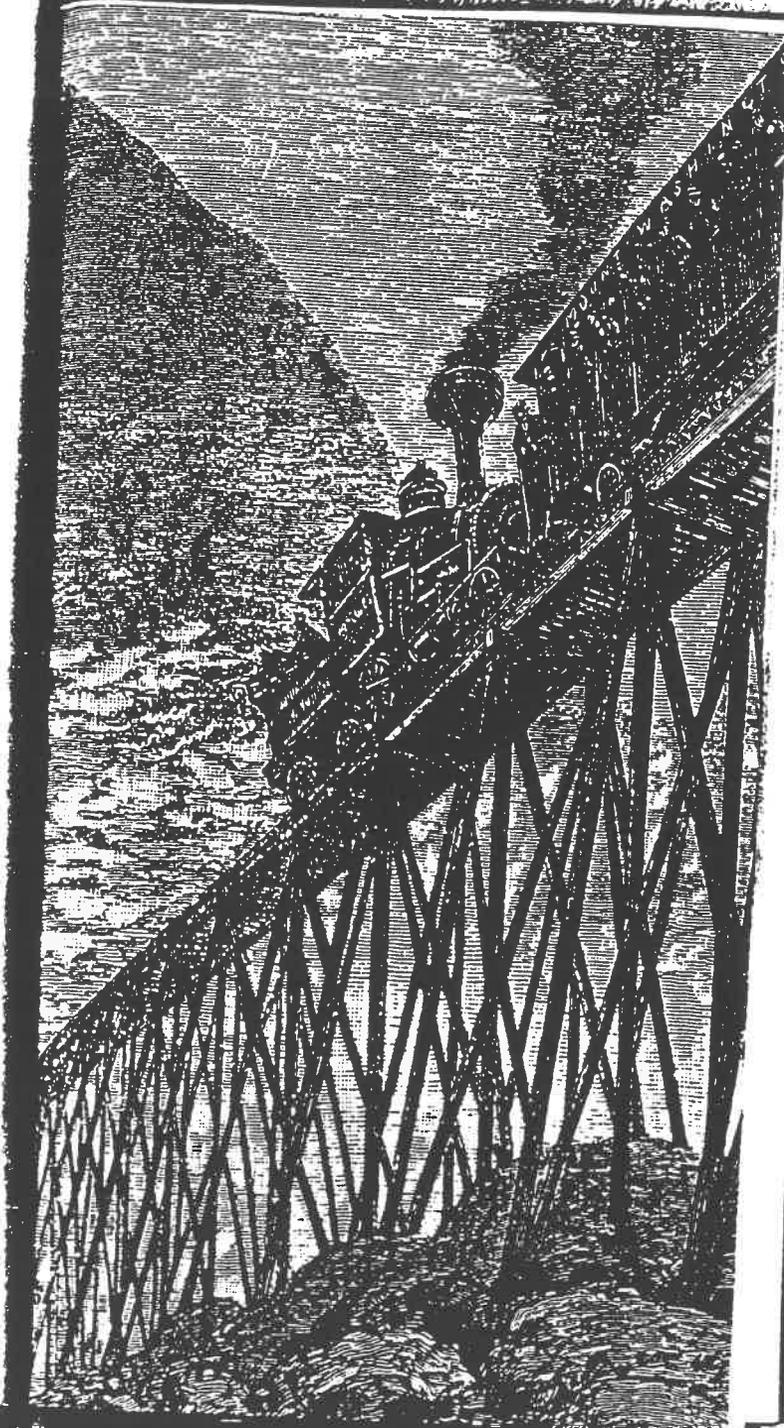
El reloj dio tres campanadas en el momento en que el jefe tomó asiento en el banco a mi lado y me comunicaba, sin darle demasiada importancia:

—Ya no tardarán.

No advertí el uso del plural y sólo reparé en la contradicción, al creer que se refería al correo. No era así; cuando mi compañero quiso aclararlo y yo le interrogué acerca de la importancia que podía tener aquella

malhadada fecha, tan imprudentemente elegida, arrimándose un poco más y sin levantar la voz nos refirió, con acento y locuciones gallegos y con frecuentes reiteraciones que omito, la siguiente historia:

«Hubo en otro tiempo, en esta misma plaza, un hombre que a pesar de ser tenido por algo loco era tan respetado por todos cuantos le trataban y conocían que jamás sus palabras fueron puestas nunca en duda, a pesar de que con frecuencia resultaban algo más que extravagantes, incluso para los muchos acostumbrados a las sorpresas, desgracias y misterios que azotan esta tierra maldita. Corrían aquellos años turbulentos (que usted es demasiado joven para recordar, añadió dirigiéndose a mí) en que cuanto más provocador y violento era el hombre más poderoso e influyente se creía. Y por encima de todos, los mineros. Se decía que todo dependía de ellos, que la misma subsistencia podía estar amenazada por el humor del picador más hablador y marrullero. Nada se demostraba capaz de contenerlos, ninguna conquista era suficiente para calmar sus apetitos de violencia. A la noticia menos trascen-



dente que llegara de fuera —y todos los días aportaban una noticia, con trascendencia o sin ella— abandonaban el frente y cargados de cartuchos y paquetes de pólvora y dinamita salían a volar lo que fuera, aunque se tratara de un gallinero. Pero en lo que se refiere a la red, créanme, de tal manera la respetaron gracias a aquel hombre providencial que en nuestro cantón jamás se produjo el menor atentado, ni siquiera a las marmitas, que eran los aparatos más odiados por aquella gente. No obstante, en los últimos días de aquel nefasto octubre —cuando la revolución ya parecía sofocada por las fuerzas del orden— decidieron acudir en socorro de sus compañeros de Macerta, sitiados durante una semana. Subieron a la estación y, créanme, en presencia de aquel hombre imperturbable y aureolado de una singular nobleza, que ni siquiera abandonó su despacho ante el pequeño tumulto que crearon en la sala, decidieron cada uno tomar y pagar escrupulosamente su billete para Macerta, a fin de no crearse innecesarias complicaciones con él. Ustedes han de saber que para transportar explosivos

se precisa una guía y ése era el único punto oscuro de una operación montada hasta ese momento con toda legalidad. Era —no puedo equivocarme— el 3 de noviembre, tal día como hoy, a eso de las 3 de la madrugada. Sin duda recibió varias llamadas, no forzosamente de las estaciones de la línea. Cuando observó el grupo reunido en el andén, un andén desierto de otras personas a tales horas, sólo tuvo para ellos una advertencia: “Espero que no llevéis explosivos”, les dijo, “y no seré yo quien lo prohíba porque mi competencia no llega hasta ahí. Pero os advierto que de hacerlo así la desgracia será terrible; volaréis todos dentro del túnel, del túnel 12 para ser más exactos, el llamado El Cornil”. Y bien, nunca diría ni se sabría cuál era su fuente de información, pero —para los entendidos— no podía ser otra que el teléfono. Ustedes saben que en esta tierra las voces —voces de la mente, muchas veces, pero de advertencia y caución, las más— surgen por todas partes y a todas horas y ni siquiera respetan el selectivo de la red. Yo tengo algo —y aun mucho— que decir acerca de esas voces; lo de

menos es que anticipen los hechos, lo normal es que los provocan. Por eso, ¿qué seguridad puede tener aquel hombre cuya principal obligación es permanecer atento a esos dos teléfonos? No, a mi peor enemigo no le desearía estar todo el día a la escucha de esas llamadas que, en definitiva, ¿quién puede afirmar de dónde proceden? Sí, el teléfono. Una gran cosa para quien la mayor parte de su tiempo puede hablar con sus semejantes de carne y hueso y solamente de vez en cuando recoge un aviso de la red; pero para quien toda su vida ha de hablar y escuchar a través de ellos, sin que le sea dado contemplar los rostros de sus interlocutores, qué pronto se pierden los límites de lo real y con qué facilidad cae en manos de un poder con el que nunca tendrá otro contacto que sus llamadas. Porque nunca dice "Soy yo"; no, lo dejará al azar de una adivinación o de la costumbre cuando no al sentido de respeto que despier-ta su voz. Una voz que debería ser incofundible para saber dónde debe empezar el temor, pero que no lo es, eso es lo peor. En esas condiciones, ¿quién es capaz de acertar? Sin duda

aquella noche le advirtieron que en el túnel El Cornil se produciría la desgracia si llevaban explosivo, y la desgracia se produjo: no quedaron ni sus restos, calcinados entre las cenizas de unos vagones que ni siquiera eran de madera, sino de leña; amén de la dinamita. A partir de esa noche, aquel hombre ya no supo lo que era el descanso y todos los aniversarios, bien entrada la madrugada, un grupo de mineros acudía a la taquilla para adquirir billetes para Macerta. Para unos era un demonio, para otros un ángel de salvación, el hombre que acabó con la revuelta en estas tierras. Pero entre unos y otros sólo consiguieron convertirlo en carne de remordimiento. Acabó mal, muy mal. Desde entonces es tan frecuente que el 3 de noviembre se produzcan misteriosas llamadas telefónicas y accidentes cuyas causas los ingenieros no son capaces de descubrir —como el de hace un par de años, con veinte víctimas— y retrasos que ni los libros ni los relojes registran, que la gente de estos lugares ha optado por prescindir del correo de Macerta en esta fecha. Me extraña que ustedes...»

No acabó la frase porque sonó el teléfono y pasó a su despacho; tan sólo pudimos adivinar su expresión, a través de la taquilla, su actitud un tanto ausente, sosteniendo el auricular y observando el techo con extrañeza en cuanto se inició el súbito parpadeo de las bombillas. «¿Rañeces? Sí, Cabezas; el mil veintidós a las tres cuarenta, con dos horas cincuenta minutos.» Le dio al manubrio y volvió a sonar el timbre: «¿Macerta? El mil veintidos previsto en Cabezas a las tres cuarenta; lo de siempre. Casi vacío, aquí solamente dos.» Las bombillas de la sala descendieron de intensidad, temblaron de manera precipitada, arrojando las vacilantes sombras y destellos propios de un candil agitado por una corriente de aire y por fin se extinguieron dejando la sala en la más completa oscuridad, la más propicia para las palabras del jefe: «¿Rañeces? Cabezas; eso es, a las tres cuarenta. Hacia el túnel del Cornil. No sé nada todavía; espero confirmación. Sí, dos viajeros; solamente dos que no parecen de por aquí. Ya se puede confeccionar la lista; veinticuatro en total, contando los dos de aquí. ¿Macerta? Me dice

Rañeces que veinticuatro, contando los dos de aquí; pongamos que sea a las tres cincuenta y cinco...» seguía diciendo en el momento en que se encendieron las luces y sonó el golpe de la puerta cristalera. Mi compañero de juego había desaparecido, con tanta precipitación que hasta se dejó unos pocos billetes sobre el asiento que había ocupado.

Asomado a través de la taquilla, observando la soledad de aquella sala desnuda y fría, decorada con anuncios de los ferrocarriles franceses, me lanzó una mirada, significativa pero no llena de malicia, para decirme:

—Estará aquí dentro de quince minutos. Si llega a tardar un poco más le despluma a usted. No le deja ni los rabos.

### OBRAS DEL MISMO AUTOR

MAX (Madrid: Revista Española n.º 4, 1953).

NUNCA LLEGARÁS A NADA (Madrid: Editorial Tebas, 1961; Alianza Editorial, 1968).

LA INSPIRACIÓN Y EL ESTILO (Madrid: Revista de Occidente, 1966).

VOLVERÁS A REGIÓN (Barcelona: Destino, 1968).

UNA MEDITACIÓN (Premio Biblioteca Breve 1969), (Barcelona: Seix Barral, 1970).

PUERTA DE TIERRA (Barcelona: Seix Barral, 1970).

TEATRO (Madrid: Siglo XXI Ediciones, 1971).

UNA TUMBA (Barcelona: Lumen, 1971).

UN VIAJE DE INVIERNO (Barcelona: La Gaya Ciencia, 1972).

*En preparación:*

LA OTRA CASA DE MAZÓN  
SUB ROSA



Foto: Martínez Lázaro

En este libro, Juan Benet, uno de los más interesantes escritores en lengua castellana, nos muestra su extraña capacidad para describir ambientes y situaciones misteriosas y se afianza una vez más como narrador de estilo exigente y original.

El *ghost story*, de escasa tradición en nuestra lengua, constituye una demostración de la autonomía del discurso literario; de su capacidad para eludir cualesquiera determinaciones